

P. 5467

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: FACTOR, 4, ENTRESUELO :: APARTADO DE CO-
RREOS 515 :: TELÉFONO 3951 :: 16 PÁGINAS, 5 CÉNTIMOS :: 25 EJEMPLARES, 75 CÉN-
TIMOS :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS :: AÑO I :: NÚM. 19 :: MADRID, 1 NOVIEMBRE 1914.



¿Si les pidiera a ustedes algo esta mujer bella, se lo darían? ¡Nosotros, sí!



AL SEÑOR FISCAL Y AL PÚBLICO

Desde que empezó a publicarse "El Viejo Verde", ha sufrido varias denuncias, con recogidas de ejemplares las unas, sin recoger las otras.

El domingo último, el señor fiscal de la Audiencia formuló su denuncia a media noche del sábado, y a las tres de la madrugada, cuatro horas antes de que el periódico se pusiera a la venta, la policía, cumpliendo el mandato judicial, aunque con todo miramiento y cortesía, secuestró la edición íntegra de "El Viejo Verde", destinada a Madrid.

Respetuosos con la iniciativa del representante de la ley y con las disposiciones de la autoridad judicial, no nos quejamos, ni siquiera por aquellos grandes perjuicios que la resolución nos ha traído, y como a nosotros, a las muchas personas que viven de la venta del periódico.

Podríamos quejarnos si la desigualdad nos pudiese en el trance de la protesta; pero no es así. El señor fiscal se ha propuesto, sin duda, que terminen las publicaciones que se ha dado en llamar sicalípticas, y nosotros no tenemos nada que oponer.

Pero el señor representante del ministerio público nos permitirá que, con todo respeto, hagamos una aclaración.

Quando empezamos a publicar "El Viejo Verde" tuvimos el propósito de hacer una revista picaresca, no un periódico obscuro y desvergonzado; porque hemos creído siempre que así como estas últimas publicaciones conducen a un fin que no resuelve más problema que el de la perra chica, los periódicos picarescos, escritos con decencia, constituyen la válvula por la que pueden escapar suavemente, los instintos de bestia que, en poca o mucha proporción, llevamos dentro todos los mortales.

El periódico picaresco es indispensable para evitar el mal mayor de la de la pornografía clandestina, que difícilmente se puede perseguir; para matar esas publicaciones que se ofrecen al oído y que causan, en la soledad y en el silencio, males enormes de corrupción física y moral.

Nuestro programa, pues, es el de un periódico picaresco; pero he aquí que al llegar al mercado, nos encontramos con que el público tiene hecho el paladar a manjares fuertes, y que los ligeramente salpimentados no le agradan. Estábamos en la disyuntiva de morir o de adaptarnos al medio, con la esperanza siempre de que algún día, modificado el ambiente, lograríamos nuestro fin: el de que el público, abandonando el camino de la pornografía, se convenciera de que bastaba con lo picaresco.

Esto hicimos, hasta que el señor fiscal parece resuelto a impedir que se sigan publicando periódicos de esta índole.

Lo celebramos sinceramente, aunque ello parezca algo paradójico. Lo celebramos, porque, seguros de que nadie podrá traspasar las lindes de lo lícito y tolerado, en ese campo hemos de maniobrar a nuestra entera satisfacción.

Desde hoy, "El Viejo Verde", deseoso de vivir como publicación alegre dentro de la decencia, será un periódico que procure no sufrir ni una sola denuncia, y si alguna vez la pluma o el lápiz van más lejos de donde debieran, hemos de agradecer al señor fiscal que señale el punto concreto de nuestro error para subsanarlo.

No este número, que no hemos podido preparar, y en el que hemos tenido que limitarnos a retirar todo aquello que pudiera creerse peligroso; pero sí desde el próximo, "El Viejo Verde" será algo completamente distinto a aquello que las circunstancias y la competencia le han obligado a ser hasta hoy.

Sería inútil que intentáramos hablar con las autoridades; no lo hemos soñado siquiera. Medidos todos por igual rasero, "El Viejo Verde" será el periódico discreto y alegre que, sin soliviantar la conciencia más tímida, os cuente picardías de amor, suaves y perfumadas, siguiendo de tal manera la tradición gloriosa de la Prensa galante, que también hay gloria en este género, si Cervantes y Quevedo no nos dejan mal.

Y conste que agradecemos sinceramente al señor fiscal que nos haya proporcionado esta ocasión.



—Pero ¡por Dios!, marqués, no se incline usted tanto.

—Es como soy corto de vista...

—¡Caracoles!, pero creo que a mí se me ve.

¡No mucho, condesa!



—¿Hay algún hombre en el mundo a quien no le entusiasme esta belleza?
—¿Sí?...
—¡¡¡Pues que le fusilen por la espalda!!



El.—La verdad es que con esa capita no tendrás frío, ¡eh!...

Ella.—Depende del precio: las caras abrigan mucho; pero con las baratas si que hace fresco.

VIVOS Y MUERTOS

¡Día de difuntos! Buen día para los asiduos al Círculo de Bellas Artes y al Centro de Hijos de Madrid, en donde hoy, con más motivo que nunca, se entregarán de lleno a su distraída profesión de rezar por sus muertos.

Y mal día para mí, que ni aun podré salir de casa, temeroso de que mi cuerpo, más o menos serrano, pero feble y enjuto hasta llevar los huesos al descubierto, despierte la codicia femenina.

¡Cualquiera se echa a la calle este día con mi cara de San Luis Gonzaga y siendo propietario de un esqueleto impaciente que cada día tiene mayor prisa por salirse del pellejo!

El año pasado, por esta fecha, se me ocurrió en mal hora salir a la vía pública. Una mujer, como la vía, se encaró conmigo.

—¡Eh!—exclamó—; aguarde el pollo, que me está pidiendo el cuerpo huesos de santo!...

Temblé. Y no era para menos. Porque era lo que yo decía, filosofando: bueno está que le dejen a uno en los huesos; pero pedir los huesos también, santos o pecadores, era una grosería fisiológica.

Como ese tropiezo tuve después un millón. Fué ese el único millón que he tenido en mi vida.

También me pidieron buñuelos de viento y de los otros. Si hubiese sido hoy, con fa-

cilitarles mis artículos de entrada, asunto concluido. Pero, ¡ay, lector!, entonces...

Recuerdo de una camarera amiga mía que me los pedía hasta por favor.

—Anda, pequeño, cómprame unos pocos. ¡Siquiera una perra gorda!

—Si no la tengo.

—Mira, yo te la prestaré y me la devuelves mañana en el café.

En fin, que creí desfallecer o, mejor dicho, fallecer del todo, con arreglo a la solemnidad del día.

Así que este año me recluiré en casita por si "lloviznea".

Y mientras los de la banda de enterradores asaltan al Este y al otro y al de más allá, y los otros levantan muertos en el Círculo, en el Centro y en la esfera terrestre, yo lloraré por todos, pidiendo a Dios que perdone a los malvados y, si puede ser, a Sagi-Barba, que, pese a su cursilería, pronto se quedará para destrozár, en alguna capilla, el oficio de difuntos.

César Jalón.

Léanse con interés los anuncios telegráficos de EL VIEJO VERDE: Una peseta las diez primeras palabras; cada palabra más les cuesta a ustedes un sentido.



—¡Vaya un trajecito!

—Pues le advierto que me está estrecho.

—¡Ya se le nota, ya!

Reina bohemia.

Lucrecia. Alma sentimental que no vive mas que para ser amada.

Belleza morena, con aquellos sus ojos negros, rasgados, envueltos en la gasa de unas pestañas suaves y largas. De carita redonda y sonrosada, de labios pequeños del rojo color de los placeres sensuales, que al abrirse descubren unos dientes blancos y pequeños; la garganta redonda es un nido de besos.

El cuerpo, pequeño, de líneas elegante-

critica, deshonrando. Y cuando así sucede, despreciar al desgraciado, porque la censura suele ser casi siempre una manifestación de la envidia.

Así es Lucrecia, nuestra angelical amiguita, la que un puñado de bohemios "que no visten uniforme", hemos consagrado y proclamado reina. Y ella ha recibido este título alegre, feliz, cual si con la palabra la hubiéramos regalado una diadema de piedras preciosas.

Alma grande, sabe diferenciar los sentimientos nuestros de las joyas de los bestias adinerados.



—¿Cómo les gusta a ustedes mí: de negro o de blanco?

Adivinamos la contestación del lector:

—¡De Blanco y Negro!

mente curvas, semeja un modelo de escultura.

Su alma es amor y libertad.

Amor de un hombre que en las horas tristes, restañe con fino pañuelo tejido de caricias, las lágrimas del destino adverso; que en los días felices cante con ella la alegría de la vida que ríe;... en los momentos augustos del placer que olvida el mundo, el ser que siente con el cerebro.

Amor de amistad dulce, tranquila, de confraternidad. Sentir las desdichas de todos porque son hermanos; ansiar la felicidad de los hombres.

Libertad para todo: para amar, para vivir. No ver en el semejante la lengua que

Ellos la han llamado reina de la belleza, reina de la lujuria, y en su carita dibujaba una mueca de sonrisa. Nosotros la hemos nombrado "nuestra" reina, y en sus ojos negros brilló la alegría y de su garganta brotó una carcajada de felicidad.

En su carita redonda y sonrosada marcóse el placer de vivir.

Nuestra reina es dichosa. Tiene un galán que la adora y unos amigos fieles, vasallos de su corazón, que la admiran; es libre para amar, para querernos y para vivir.

¡Salve, reina bohemia!

G. L.

EL VIEJO VERDE



Grupo escultórico de gran éxito para los matrimonios sin hijos y de enorme fracaso para un amigo nues'tro que tiene ¡siete!... ¡Con niñitos a él!

INFORMACIONES DE ACTUALIDAD

La guerra juzgada por Pepa la "Verdulera",

La guerra es el tema de actualidad. La mayoría de los rotativos de alguna importancia han solicitado la opinión de las más altas mentalidades españolas y ultramarinas sobre el conflicto actual. "El Viejo Verde", no queriendo ser menos y queriendo dar a conocer a sus numerosos lectores el parecer de algunas mentalidades netamente del país, injustamente olvidadas, pensó entrevistarse con Pepa "la Verdulera", bonita ella y prestigiosa también en el popular ramo a que pertenece.

Por encargo especial del director del popular semanario, avistéme con la futura académica de la Plaza de la Cebada, y adjunto va, sin quitar ni poner, la opinión suya.

Cuando me acerqué a ella con mi importantísima misión, encontrábase Pepa rodeada de media docena de despanpanantes fregatrices que tiraban de costado por lo guapas.

Mi interlocutora, al ver mi carnet, exclamó:

—¡Pue' ustedz asperarse un momento tan siquiera?

Se lo agradecería un terremoto, por qu'es-

toy liquidando con estas pelmas una banasta de tomates, y como es el único artículo que la produce a una p'al piri, hay c'apencar con ello.

Al responderla que no tenía gran prisa, arguyó, dirigiéndose a las parroquianas:

—¡Pero es que os va a salir del oncéfalo movilizaros, so pelmas?... ¡Gacho, seis más pesás que la batalla del Aínel!...

Después de concluir la venta, me interrogó:

—Bueno. ¿Se pue' saber lo c'ustez quié de mí?

—Tengo encargo especial de "El Viejo Verde" para saber su opinión sobre el actual conflicto, y le agradecería me dijese su opinión para comunicárselo a sus lectores.

—Con muchísimo gusto, aunque mi opinión no está aún mu mascá, le diré lo c'has-ta ahora pienso. Pregunte ustez.

—¿.....?

—Los ingleses, los detesto. Estoy hastaí d'ellos. Los franceses son mu cortos; lo sé por experiencia. Los alemanes es gente de poder; en su flanco, no es muchazo, que se diga; pero en su centro resisten una enormidad, y en cuanto a los rusos, m'entusiasman.

—¿.....?

—La derrota la considero al final para los alemanes, por muchos "tentones" que ostenten, y créame usted que lo siento, por qu'es una lástima que después de pegar de frente, los c'han pegao vuelvan ahora la

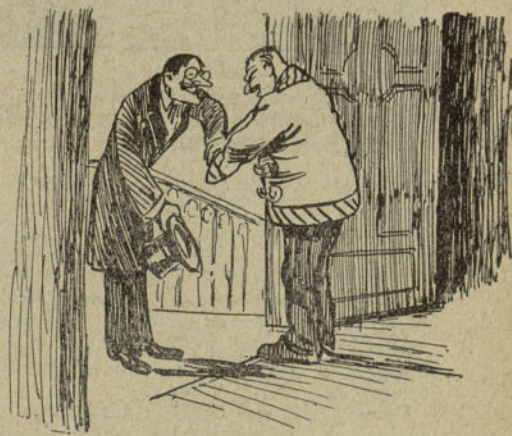
Encargue sus trabajos

en la imprenta de

EL MENTIDERO

HISTORIA CÓMICO-DRAMÁTICA

(En tres cuadros.)



—Saludo a usted muy cordialmente...

—Le correspondo con el mismo cariño y usted dirá lo que desea.

grupa y se dejen arrear por detrás de lo lindo.

—¿.....?

—¿Intervenir España en la lucha? No lo crea usted. Los d'aquí serán siempre neutrales o, como si dijéramos, inertos. ¡Ah, si aquí hubiera teutones! Otra cosa sería.

—¿.....?

—No es que yo sea francófila, ni germanófila; pero me son más simpáticos los alemanes.

—¿.....?

—Claro que los daños han repercutido en

todas las partes. Ya ve usted yo, que mi sostén es la horta en too su desarrollo, no hago na. Ni el tomate ni el repollo me producen dos pesetas por mas que me movilizo y se lo meto al público por los ojos, que ya es trabajar el artículo.

—¿.....?

—Aún no tenemos pensao lo que vamos a hacer si continúa el conflicto. Por lo pronto, tenemos pensao levantar una protesta al Tribunal de la Haiga.

—¿.....?

—¿Que quién la va a levantar? Yo mis-

COMO LAS GOLONDRINAS

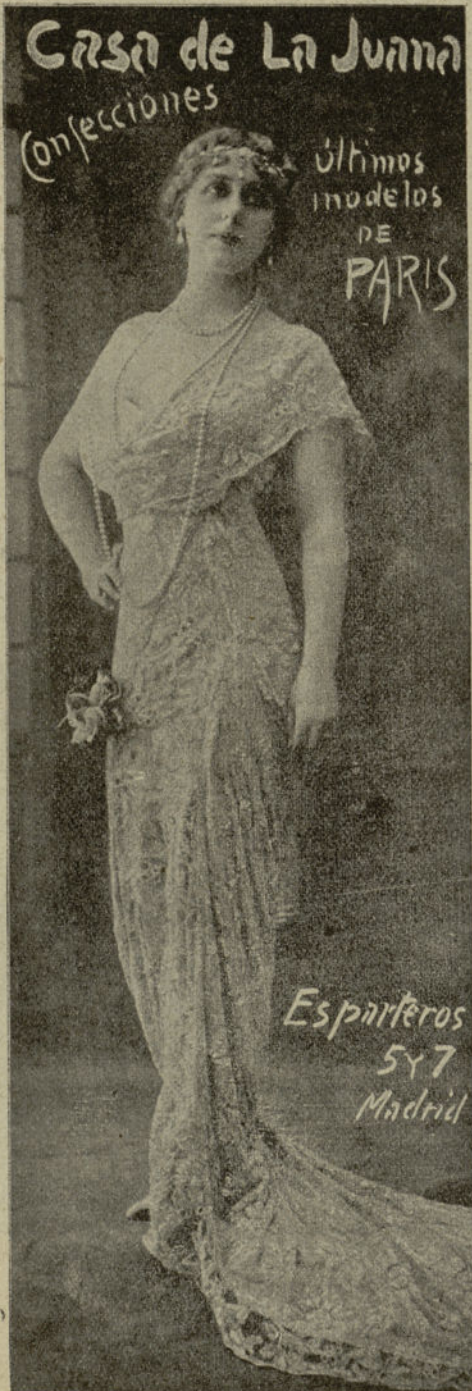


—Desengáñate, tontina; volverán los días felices.

—Sí; pero sus frases amorosas, las emociones de su alma, ¡esas no volverán!

ma. P'algo soy el miembro más significao del Comité feminista del gremio de verduleras.

—¿.....?



—No dudarle. Yo sería la primera que me pusiese a la cabeza del movimiento, y créame usted, que me siento capaz de desarmar al mismo Kaiser por muy belicoso que estuviese.

Con estas palabras hizo punto mi interrogada en sus declaraciones. Recogió la banasta y, afianzándola en su cadera, me dió la mano de despedida diciéndome.

—Le doy a usted las gracias por la atención d'acordarse de mi pa la interviú, y le dice usted al simpaticote Demetrio que he tenido una satisfacción mu gorda en ver que sigue tan castizo.

Fidel Prado.

—¿Has visto qué conquista ha hecho Augusto?

—Chico, una mujer divina; y eso a pesar de sus años. Bueno, es que todavía conserva buen tipo.

—¡Quiá, hombre! Eso del buen tipo es la habilidad de Víctor González, que en su sastretería de la calle de la Cruz, 42, confecciona unos trajes estupendos.



¡Hay que ver qué cosas se le ocurren al Niño Bonito!... Ayer me preguntó este colmo:

—¿En qué se parecen las cachupinadas féminas de D. Florido, a una mujer que se la insulta?

—¡Ah, sí! En que se las pone verdes.

EL VIEJO VERDE



¡Oh! las jamonas...

Demetrio

Quisiera yo poseer el don de la persuasión, para llevar al ánimo de ustedes el convencimiento de las muchas cosas codicia- bles que aportan la deliciosa clase del gé- nero femenino que han dado las gentes en llamar jamonas.

Naturalmente que cuentan con gran nú- mero de fervientes adeptos; pero, por des- gracia, no tantos como les corresponde, y, sabedlo, señores, las jamonas necesitan más adeptos, muchísimos más de los que las corresponden.

Las mujeres que han saltado ya los trein- ta y cinco, hasta las que andan ya jugando al corro con los cuarenta y dos, forman un grueso de ejército que, en plena movilización, no hay cuerpo, por aliado que sea, capaz de resistir, no diré una, pero no mu- chas peleas.

Decidme, si no, qué sentís al contemplar una de esas deliciosas jamonas que tan bru-



—¡Vaya unas caritas que tienen los señores!
Y eso que ven sólo el retrato...

talmente dibuja Demetrio. Un cuerpo espléndido (mas que el de Orden público) y unas formas esbeltas y repletitas; los ojos tan expresivos que puede sostenerse con ellos una conversación cualquiera, por trivial que sea. Generalmente, van orladas por amplias y profundas ojeras, que semejan delicadas vertientes, por donde haya de rodar hacia lo desconocido alguna perla (otro hubiera dicho que semejaban canalones; pero sería una barbaridad, y yo no soy bruto. Soy de Chinchón). En los senos se ofrecía el vigor, el grandor y el ¡vaya calor! Y si os extasiáis ante las piernas, esas hermosas piernas que tan soberbiamente ha sabido dibujar el susodicho Demetrio, recibir al instante la sensación de una completa perfección y de una dureza de carne. ¿No la sentís como yo os digo?

Yo, si pudiera, rompería una multitud de lanzas en honor de las bellas jamonas; pero mi armería es tan escasa, que me veo en la necesidad de ser muy prudente.

Yo las amo cordialmente, porque poseen la belleza, la experiencia, la discreción, el buen gusto y otra multitud de cosas.

Yo las eximiría de mil molestias y hasta del uso de cédula personal, y, en cambio, las concedería toda clase de derechos, porque tienen derecho a todos los derechos.

Sin embargo, tienen algunos defectillos, en los que suelen naufragar los que se inician en el enamoramiento de estas divinidades. Son estos defectillos de exceso de coquetería. Y, sino, díganme ustedes si al piropear a alguna jamona guapa no les ha respondido fingiendo convencimiento.

—Muchas gracias; pero yo ya soy una

vieja. Eso ya no puedo yo creérmelo. ¡Las jóvenes, las jóvenes!

Bueno, pues, a pesar de esto, y como incidentalmente, dicen que no llevan muy apretado el corsé; que los zapatos les están anchos; y ustedes miran hacia donde se oculta el corsé, a los zapatos regios que lleva y que, con la postura estudiada e hija de la experiencia dejan asomar el arranque y algo más de la bien formada pierna, enfundada en sutil media de gasa, y sienten ustedes unas ganas locas de ser antropófagos.

Pero, ¿quien es capaz de no perdonarlas estas pequeñas faltas en gracia a las muchas sobras que tienen? Yo, siempre, y a todas las adoro. Así, pues, lectora, si eres jamona, puedes creer firmemente, pues yo te lo juro, que te amo.

Manuel Guio.

Un secreto de belleza.

Hace pocas noches nos decía un amigo: —La verdad que tienen ustedes suerte; todas sus amiguitas son lindas, lindas como cucullos.

—Ya ve usted—contestamos, parodiando la célebre frase de Pegolete—. ¡Zuerte que tié uno!

Bueno, lo de la “zuerte” etc., fué una dulce broma. A nuestros lectores, por los que nos parecemos, vamos a contarles la verdad.

Nosotros conocemos un secretito que a la mujer más fea la convierte en bonita, desde el momento que sigue nuestro consejo.

¿Saben ustedes el secretito?

Pues muy sencillo; el uso de los polvos Borotal, que se venden en la Farmacia y Laboratorio de F. Bellot, situada en la calle de Hortaleza, núm. 17, Madrid.

¡Palabra!

Vandel, Fotógrafo Puerta del Sol, 3.



—¿Han visto ustedes qué picarona?
¡Que mirada! ¡Que boca! ¡Que!...
¡Se rompió el cliché! ¡Maldita sea!

LO QUE PUEDE UNA MUJER

Al salir del Trianón una noche, se conocieron. Lola, "la Malagueña", pasó ante Carlos, admirándole en la seducción de su cocotesca elegancia, brillantes los felinos ojos negros, anhelantes los rojos labios sensuales.

Carlos vertió en su oído un piropo afrodisíaco. Ella volvió la cabeza sugestionada por la simpática voz del piropoador, y quedóse enamorada de la figura varonil y atlética de sus ojos de mozo; del rictus de amargura que plegaba su boca; de la triste expresión de hombre hastiado, lleno de desilusiones, que había en su juvenil semblante, y, sobre todo, de aquella gallarda altivez con que miraba a sus semejantes. Diríasele un gran señor, que se contemplaba sólo, perdido entre una turba de villanos.

Carlos la siguió, arrastrado por la seducción irresistible que tenía Lola. Unos cuantos piropos más y sobrevino el diálogo. Carlos propuso una cena, que ella aceptó encantada.

Fueron novios.

—Dime, Carlos, ¿me quieres mucho?

—Más que a mi vida... Como no he querido a ninguna mujer... Como no creí que querría nunca—dijo apasionado, sin su peculiar calma de hombre frío y sereno—. Y tú, ¿me quieres?

—Oye, niño. Yo he querido a un hombre con toa el alma, como sabemos querer las mujeres de mi tierra. A Manolo "el Moreno", un guapo de Málaga.

Fué el que me hizo desgraciada y por quien ahora estoy así. Ha vivió casi un



—Pues nada, venia buscando a su hija.

—¿Mi hija?...

—Si señor; es mi novia.

EL VIEJO VERDE



Ventajas de los días de lluvia.

año conmigo, en Madrid; pero jiró a uno y z'ha marchao jerio a Málaga. Es jefe de una partida de contrabandistas. Un valiente, ¿sabes? Ha estao dos veces en precidio.

Carlos comprendió que Lola le quería aun por el calor con que hablaba de él, y, como la adoraba, dijo tranquilo, sereno, con una gran conciencia de lo que decía:



Una artista que, además de ser bella, ha vuelto loco a un conocido hombre público. Debutará en breve.

—Pues ya ves si te quiero, que si algún día me dejaras por ese hombre, me disputaría tu cariño con él.

—Te mataría—dijo “la Malagueña” compasiva.

—Pues, a pesar de eso, si tú te vas con él y me dejas, yo le busco y le pego—agregó Carlos más firme que antes.

Lola no dijo nada; pero le miró con desprecio. Fué una de esas miradas con que una mujer lleva a un hombre de amor propio a cometer un crimen.

Carlos no era valiente. Era un hombre audaz y decidido, para quien la vida no tenía secretos. Había gozado de todos sus placeres y todas sus miserias en la adolescencia, que es cuando con más intensidad gustan los placeres y cuando más duelen los desengaños. Por eso despreciaba la vida, que no tenía para él más valor ni más interés que el de un libro ya leído. Y de ahí su tranquilidad en los desafíos, que helaba la sangre, y el arrojo con que se exponía a morir por una nimiedad.

Los padres de Carlos habían sido muy ricos. Su madre murió al darle a luz. Su padre se suicidó al verse arruinado. Carlos tenía entonces veinticinco años, y no le quedó más herencia que una sabia y dolorosa experiencia de lo que era el mundo. No sabía de qué vivir. Hubiera podido buscarse un destino; pero eso no era para él, acostumbrado a tirar el dinero a manos llenas desde los quince años, que hacía vida de hombre. Comprendió, además, que todas sus elevadas amistades le despreciarían y no quiso sufrir su desprecio. Se lanzó a un vivir de aventura. Vivía del juego, de la prodigalidad de damas aristocráticas enamoradas de su gallardía y del “chantage”. Y como era audaz y no le importaba exponer el pellejo, fué un triunfador.

Así se deslizaba su vida, sin ningún cariño, sin ningún entusiasmo, hasta que conoció a “la Malagueña”. Carlos se enamoró de ella con toda la fuerza de su enérgico temperamento, y esta mujer, fué una necesidad para su vida. El comprendía que ella no le tenía cariño, que sólo estaba encaprichada y que, pasada la ilusión, le dejaría para reunirse con aquel Manolo que supo alucinarla con sus valentías. Pero, así y to-



Después de leer a Campoamor:
—¿Qué querrá decir eso de *la soledad de dos en compañía?*



—¡Caballere; en esta casa no vive más que mi mujer! ¡Largo de aquí, so mamarracho!
—¡...!

do, Carlos no se la dejaba arrebatarse. Una tarde, cuando fué a casa de Lola, la portera le dijo que la señorita había vendido los muebles y se había marchado fuera. Aquella noche, Carlos salía de Madrid en el expés de Málaga.

* * *

Cuando Carlos entró en aquella taberna sucia y maloliente del barrio de Pescadores, tuvo que hacer un esfuerzo para poder distinguir las cosas y las personas. En un rincón, rodeado de unos cuantos hombres de traza patibularia, había uno alto, fornido, de rostro tostado por grandes caminatas bajo el fuego del sol andaluz. A su lado, disfrazada su elegancia por un mantón y un pañuelo a la cabeza, sentábase Lola. Carlos avanzó hacia el grupo, tranquilo, sereno, como sin darse cuenta del asombro que entre aquella concurrencia de ladrones y contrabandistas producía su figura elegante de señorito. "La Malagueña", al verle, se estremeció de terror.

—Buenas tardes. ¿Quién de ustedes es Manolo "el Moreno"?—preguntó Carlos con aplomo cuando se acercó a la mesa.

—Servidor—contestó poniéndose en pie el que estaba sentado junto a Lola—. Tome usted una copita.

Carlos tomó la copa, y luego de beberla, dijo, con una serenidad pasmosa, dejando caer con lentitud las palabras.

—Yo he venido desde Madrid porque un día le prometí a una mujer que si me dejaba por usted, le pegaría—y al terminar, sin que nadie pudiera impedirlo, descargó sobre el rostro de "el Moreno" una bofetada que sonó como un tiro.

Manolo se quedó lívido, sobrecogido por ese profundo terror que nos produce ver a un hombre que se juega la vida seguro de perderla. Todos los ocupantes de la taber-

na se pusieron en pie, esperando la tragedia. Los compañeros de "el Moreno", buscando sus armas, hicieron además de lanzarse sobre Carlos. Manolo los contuvo con un gesto altivo.

—Dejarlo. ¿No veis que es más valiente que yo?

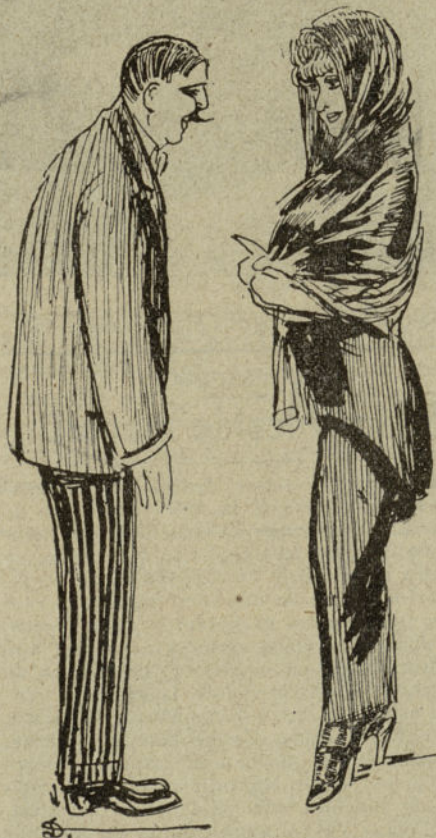
—Como ya cumplí mi promesa, nada tengo que hacer aquí—añadió Carlos—. Buenas tardes, señores. Dé usted de beber a todos por mi cuenta—dijo al dueño—. Arrojó dos duros en el mostrador, encendió un pitillo y salió de la taberna con la misma tranquilidad con que entrara.

Al mediar la calle le alcanzó "la Malagueña".

—Carlos, mi Carlos, cuánto te quiero; más que a nadie. ¡Qué guapo eres, chiquiyo mío!

Y cogidos del brazo, mimosa ella y satisfecho él, siguieron por la calleja, sombría y tortuosa como una vida.

Diego Martín del Campo.



Ella.—Y qué, ¿cómo te encuentras?
El.—¡Ay! Muy débil todavía.



¡Decididamente hay perros dignos de envidia!

LA BANDERA

¡Señor Alcalde mayor!...

Cuatro letras, señor alcalde, por si tenemos la dicha de que la dulce expresión de su mirada se detenga en estas líneas el tiempo preciso para leerlas. El 24 de octubre se celebra anualmente en España el aniversario del natalicio de una muy augusta persona, a quien todos respetamos y queremos. Ese día, los edificios oficiales y muchos particulares ostentan, orgullosos de ella, sobre el lugar más alto o visible, la hermosa bandera española, de colores vivos, sangre y oro, señor alcalde. Unas banderas nuevas, expresivas, que al flamear tan altas parecen, vistas desde las calles, sobre el cielo azul, la gloriosa enseña de nuestra patria.

El Viejo Verde, acompañado de un súbdito italiano amigo suyo, pasó por el Ayuntamiento de Madrid el día 24 de octubre. Su amigo el extranjero se detuvo ante el edificio municipal, preguntando:

—¿Qué casa es ésta?...

—La Casa Ayuntamiento de Madrid.

—¡Oh!... ¿Y aquella bandera?

—Debía ser la española—respondimos avergonzados al contemplar lo que flameaba ba sujeto al asta.

Era un trapo incoloro, señor alcalde; una tela remendada, una demostración de abandono, de desidia, de despreocupación, algo impropio, que, en honor a la bandera que pretendía sustituir, debía estar en lugar muy distinto.

“El Viejo Verde”, que además de galante y cortés con las damas es patriota y siente por su bandera un amor fanático, pregunta al señor alcalde: ¿Es que el Ayuntamiento no puede, faltar de recursos, adquirir una bandera española que infunda, a los de fuera, respeto; a nosotros, amor y alegría?...

O es que, exageradamente celoso del “ornato” de la ciudad, el Ayuntamiento reserva todo su dinero para construir en la Puerta de Hierro la preciosa tartera proyectada, en cuyo centro y lugar más alto—según nos dicen—va a colocarse el busto del protector de la obra?...

TEATRO ROMEA

Recordarán—es decir, no lo recordarán, porque nadie se habrá enterado con eso de la recogida—que en nuestro número anterior prometíamos a nuestros lectores una información sobre las reformas y lista de compañía del teatro Romea.

Podemos adelantar que éste está muy bien; pero la precipitación con que hemos hecho este número no nos ha permitido ocuparnos de él como se merece. Prometemos hacerlo en el próximo.



El señor en presario que no contrate a Juanito Vandel es un tal y un cual.

La Dirección.

EL VIEJO VERDE!

Matilde Fossa, „La Esmeralda“

Días pasados tuve deseos de ir a la Redacción de „El Globo“, con el propósito de saludar a San Martín, y la casualidad hizo que al principio de la escalera encontrara a Matilde.

Previo el saludo de ritual, y sonriéndome halagadoramente, me extendió su mano, que yo estreché con más codicia que respeto, y me encareció la acompañase a su alojamiento, ya que sabía era yo un excelente confesor y ya que deseaba también limpiar un poco su conciencia de algunas picardías y pecados.

Accedí a sus galantes deseos y pronto nos hallamos en una habitación cuya elegancia y riqueza hubieron de deslumbrarme.

—Tenga la bondad de esperar unos instantes—musitó Matilde al mismo tiempo que desgranaba de sus carmineos labios una sonrisa dulce y acariciadora, como un canto de amor.

Y salió gentil y airosa, quedándome sólo en el voluptuoso gabinete.

Cuando más ensimismado me hallaba en la contemplación de tanto objeto artístico que atesoraba aquel delicioso rincón, apareció la artista esbelta, halagadora, incitante y sensual. Había trocado su elegante „toilette“ de paseo por una bata de sutilísima tela, que hábilmente recortaba los divinos contornos de su cuerpo; sus endriescos cabellos recortados, libres ya del coquetón sombrero que antes los aprisionaba, iban a descansar sobre la nuca, y sus pies, breves e inquietantes, holgaban en unas chinelas primorosamente bordadas.

Matilde, espléndida de hermosura, se arrellenó sobre uno de los asientos que yo ocupaba, y muy ingenua, muy encantadora, abrasándose con la llama de sus ojos grandes y negrísimos, dijo, dándome una cariñosa palmada:

—Conque, vamos a ver, amigo mío, ¿está usted dispuesto a escuchar mi confesión?

(Se continuará)

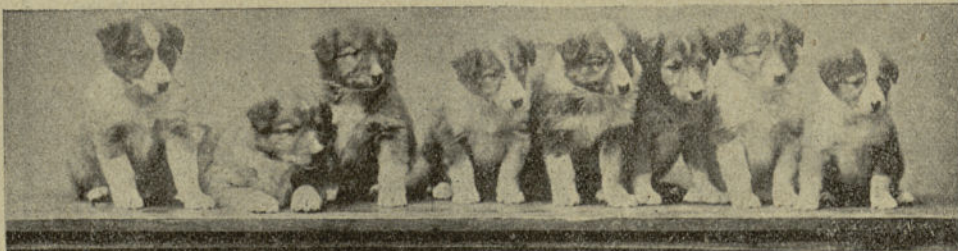


A nosotros nos gusta *un porción* la postura de esta señorita; pero la encontramos un defectillo. ¿No están mal empleadas esas caricias? Mejor sería...

Rogamos al público que, por las razones aducidas en nuestro primer artículo, disculpe las deficiencias de este número, que empezamos a confeccionar cuando aún están cumpliéndose las órdenes de recogida del número anterior.

El próximo será el primero de nuestra nueva vida.

Imprenta de „El Mentihero...“—Carrera de San Francisco, 13.



Parte de los perros chicos que hemos perdido, por la recogida de nuestro número anterior.

ANUNCIOS TELEGRÁFICOS

Cinco céntimos palabra.

Se vende muy barato un ojo de cristal de un señor que ha perdido el otro ojo y claro, ¿donde se lo va a poner ahora?

Señoritas y viudas: ¿Queréis casaros ventajosamente? Entre los solicitantes *hombres* tenemos un pocero de Segovia y un picador de Asturias, que quitan la cabeza!

Deseo conocer socio capitalista. (¡Caramba y nosotros también!)

¡Enfermos! El que no se muere es porque no le da la gana; por quince pesetas féretros (petacas) con galones de color guinda.

Pérdida: Desde la calle de la Cruz hasta las Ventas del Espíritu Santo, se ha perdido una señora rechoncha vieja con bigote a lo kaiser; al que la presente Luna 113, le daran con la badila en la ternilla de la nariz y le dirán cosas feas

A consecuencia de la guerra se ha subido de precio la mayor parte de las telas con que se confeccionan los vestidos de señora; lo único que no han subido son las faldas que vende a 10 pesetas Tomillejo, Fuencarral, 563.

¡Se acabaron las pulgas! Para hacerlas desaparecer no compreis polvos insecticidas, basta con cogerlas por las orejas y taladrarlas con el berbiquí Losader.

SOCIEDAD ANONIMA DE OMNIBUS

DE
MADRID

SERVICIO DE TRANSPORTES MARÍTIMOS

Esta Sociedad, en combinación con la Compañía Transatlántica Española, se encarga de expedir desde esta corte toda clase de encargos y mercancías con destino a los puertos visitados por los buques de dicha Compañía en las líneas de Filipinas-Cuba-Méjico-Fernando Poo y Argentina.

Para tarifas y referencias DIRIGIRSE: a las oficinas Centrales, paseo de los Pontones, 2, teléfono 808, o a la Agencia-Sucursal, situada en la calle de Tetuán, núm. 13, teléfono 4.580.

PABLO CUESTA Encargado en Madrid de la venta de EL VIEJO VERDE

TRES CRUCE, 4 (tienda)

Reparte toda clase de periódicos y revistas

Compre usted los martes
EL FENÓMENO
16 páginas, 5 céntimos

EL VIEJO VERDE

CRÓNICA MUNDANA

Se publica todos los domingos

Arte, decencia y galantería :: Chismorreos de salones

y saloncillos :: Colaboración de los más notables escri-

:: tores :: Fotografías de bellezas ::

VENTA

Mano de 25 ejemplares... 0,75 cts.
Número suelto... 0,05 —
Idem atrasado... 0,10 —

SUSCRIPCION

Subscripción en provincias, año. 3 pts.
En el extranjero... 8 —
En Madrid no se admiten subscripciones

ANUNCIOS

Línea del cuerpo 7 en las planas de anuncios... 0,50 cts.
Media plana... 35 ptas.

Plana entera... 70 ptas.
Línea del cuerpo 8 en las páginas de texto... 1,50 —

Descuentos por trimestre, semestre y año - Con grabados y fotografías, precios convencionales.

REDACCION Y ADMINISTRACION: FACTOR 4 - MADRID